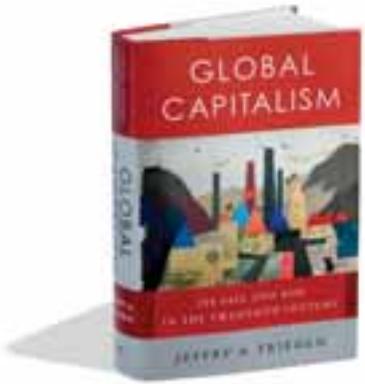


Los perdedores de la globalización



Jeffrey A. Frieden

Global Capitalism Its Fall and Rise in the Twentieth Century

W.W. Norton, Nueva York, 2006, 448 págs.,
US\$29,95 (tela).

Jeffrey Frieden ha escrito un libro lúcido y de lectura ágil sobre lo que actualmente es casi la ortodoxia de la globalización en los últimos cien años. Describe un movimiento, en forma de U, de integración sustancial de los mercados de trabajo, bienes y capital a fines del siglo XIX y de retroceso en la etapa subsiguiente debido a la primera guerra mundial y a la Gran Depresión. Tras la segunda guerra mundial, la globalización se reactivó lentamente, pero se ha acelerado desde los años setenta, dando lugar a la rápida difusión de la innovación tecnológica y al considerable aumento del bienestar.

Como politólogo, Frieden también está muy interesado en la política de la globalización. En todo proceso de cambio hay ganadores y perdedores, y la viabilidad del sistema depende, en su opinión, de la forma de manejar a los perdedores. Antes de la primera guerra mundial, los perdedores fueron las élites terratenientes tradicionales de Europa y quizá los trabajadores, que tuvieron que afrontar los costos del ajuste en el marco del régimen monetario del patrón oro.

Frieden, como Karl Polanyi, considera que el ajuste dentro del patrón oro es difícil o incluso imposible en un entorno de responsabilidad política o democratización. Así, durante

el período de entreguerras se produjo el derrumbe de la democracia y se intentó restablecer el patrón oro. No obstante, Frieden señala que, en el período inmediatamente posterior a 1945, se rescató la democracia en muchos Estados (sobre todo en Europa occidental, quiere decir) mediante la adopción de las políticas del bienestar inspiradas en Keynes. Estas políticas eran viables a escala nacional, pero no tanto al aumentar los costos del ajuste con la verdadera ola de globalización ocurrida después de los años setenta.

Frieden examina no solo los fallos de la globalización —sobre todo para los Estados muy pobres que se mantienen fuera de los mercados de trabajo, bienes y capital—, sino también los desafíos cada vez más numerosos que plantea la globalización para el mundo, debido a que los habitantes de los países ricos creen que el comercio y la inmigración han afectado sus ingresos. Su descripción de la reacción

Este libro es más una historia de la globalización que del capitalismo mundial.

política ante la globalización es espectacular y sus análisis de las explicaciones ofrecidas por estudiosos como Eli Heckscher, Bertil Ohlin, Wolfgang Stolper y Paul Samuelson sobre los efectos del comercio en los ingresos son fáciles de entender.

No obstante, en el libro se plantean algunos dilemas que nunca llegan a resolverse por completo. En algún momento, Frieden parece adoptar una forma bastante rígida de determinismo económico, aunque los efectos de las estructuras económicas sobre los resultados políticos a veces van en diferentes direcciones: insiste en la página 196 en que, en los años veinte y treinta, los países deudores se convirtieron en autarquías fascistas o nacionalistas, y los países acreedores siguieron siendo democráticos y promovieron la inte-

gración económica internacional. Es más fácil ver este mecanismo, según el cual la hostilidad populista ante la carga de la deuda impuesta desde el exterior provocó un rechazo del internacionalismo por parte de los votantes y los políticos que entender la lógica del argumento de que, en otras circunstancias, las crisis de la deuda fomentaron la democracia (por ejemplo, las de los años ochenta en América Latina). En ese caso, no se explica detalladamente la lógica que vincula la deuda con la democratización. Pero, en cada caso, la economía impulsa la política.

En otros momentos, sin embargo, Frieden da mucha autonomía a las opciones de política: los países son pobres sobre todo porque las élites han tomado decisiones políticas incorrectas; o (lo que es quizá más sorprendente en vista de las tesis de la deuda y de las dictaduras en los años treinta) nos dice que en Alemania —el derrumbe más importante y destructivo de la democracia de entreguerras— los estudios han demostrado que incluso si se hubieran adoptado medidas de poca envergadura para estimular la economía, estas habrían bastado para parar los avances electorales de los nazis (pág. 177). No examina realmente la cuestión esencial, por lo menos del siglo XX, del margen de maniobra de los políticos. Por lo tanto, es difícil ver cómo la incertidumbre y el descontento por la globalización deberían abordarse en las propuestas concretas de política.

Además, debe advertirse al lector que este libro es más una historia de la globalización que del capitalismo mundial. No se examinan en detalle las diferencias nacionales del capitalismo ni si existen distintos modelos regionales. En el libro se supone, más que se demuestra, que hay una forma de capitalismo acorde con la lógica de la historia, a saber: la dominada por las grandes empresas multinacionales de propiedad muy diversa que operan, en general, en base a los mismos principios de gestión en cualquier país. Ahora que el presidente de IBM ha proclamado el fin de la era de las multinacionales con vendría cuestionar la existencia de una sola forma de capitalismo.

Harold James
Universidad de Princeton

Elisa Diehl es redactora de "Críticas de libros".

Sin tiempo para dormir

Guillermo A. Calvo

Emerging Capital Markets in Turmoil

Bad Luck or Bad Policy?

MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 2006, 547 págs., US\$45,00 (tela).

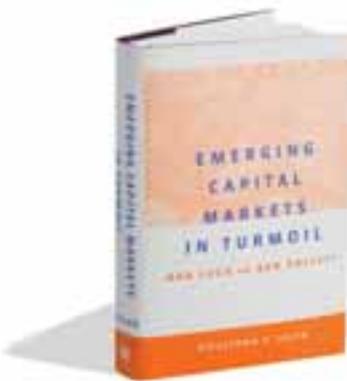
A principios de los años noventa, el Plan Brady, que permitió reestructurar los préstamos en mora frente a los bancos comerciales en bonos negociables, marcó el comienzo de la ola más reciente de flujos de capital hacia los mercados emergentes. Este año, a medida que los países latinoamericanos rescatan sus bonos Brady, parece que se acerca el fin de una era. Durante este período, Guillermo Calvo ha ocupado un lugar central en el debate sobre las características y la eficacia de estos flujos: en el FMI, en el Banco Interamericano de Desarrollo y en el sector académico. En comedia y en investigación la oportunidad es lo que cuenta. Esta publicación no podría ser más oportuna.

En el libro se recopilan los artículos más importantes de Calvo sobre flujos de capital y crisis, entre ellos, el estudio pionero con Leiderman y Reinhart en el que, ya en 1993, se cuestionaba la viabilidad de la nueva ola de flujos, y se señala que estos se dirigían tanto hacia los mercados emergentes muy adelantados en la reforma estructural como a los que apenas habían comenzado. Esto puso de relieve la influencia de las condiciones de los mercados financieros mundiales —abundante liquidez, operaciones de acarreo y creciente tolerancia de los inversionistas al riesgo— en la evolución de los flujos de capital. Además, Calvo advirtió que, si las condiciones mundiales influían tanto en la dirección de los flujos, existía la posibilidad de que, al aumentar las tasas de interés en Estados Unidos y empeorar la situación financiera mundial, cambiara radicalmente el sentido de los flujos, lo que derrumbaría todo el castillo de naipes. ¿Alguien ve el paralelismo?

Muchos olvidamos, quizá por su carácter afable, las aportaciones fundamentales de Calvo a los numerosos debates intelectuales y de política

durante los últimos 15 años. Fue uno de los primeros en cuestionar la aplicabilidad de los modelos tradicionales de primera generación de las causas fiscales y monetarias de las crisis a la ola de crisis financieras del siglo XXI que comenzó en México en 1994, y en hacer hincapié en los factores financieros, como los altos niveles de deuda a corto plazo y los descalces de monedas. Igualmente, fue uno de los primeros en vincular los denominados modelos de segunda generación con los equilibrios múltiples. Vio cómo podían relacionarse estos modelos con los debates tradicionales sobre el contagio y cómo dar rigor analítico a este último concepto; y logró que se entendieran sus ideas mostrando su aplicabilidad a las crisis de México, Rusia (1998) y Argentina (2001–02).

Su influencia en las políticas llegó más lentamente. En un conjunto de artículos,



Calvo describe el escepticismo con que fueron recibidos sus estudios pioneros, escritos cuando ocupaba el cargo de Asesor en el FMI. A los representantes oficiales no les gustaba que les dijeran que la nueva disposición de los inversionistas a prestar a los países en desarrollo no obedecía a los milagros de los programas de reforma estructural respaldados por el FMI. Tampoco les agradaba la idea de que incluso los países con bajas tasas de inflación y presupuestos equilibrados pudieran ser vulnerables a crisis. Yo, que también trabajé algún tiempo en el FMI, puedo atestiguar que no fueron pocos los funcionarios de alto nivel que consideraron que este interés por el contagio y las crisis preanunciadas era pasajero y que la preocupación de la institución por las deficiencias financieras representaba una desviación peligrosa de las cuestiones monetarias y fiscales fundamentales. Por lo tanto, es aún más

sorprendente observar cuántas ideas básicas de Calvo se han convertido en sabiduría popular en el FMI y forman parte de sus operaciones diarias.

Un aspecto menos convincente del análisis aparece cuando Calvo considera las repercusiones de estas ideas en la reforma de la arquitectura financiera internacional. Señala que la vulnerabilidad de los mercados emergentes, incluso los que tienen sólidos fundamentos monetarios y fiscales, a las interrupciones y cambios bruscos de dirección de los flujos de capital es un argumento a favor de la creación de un fondo mundial de rescate administrado por un prestamista internacional de última instancia. Sospecho que esta idea recibirá una acogida más cálida que algunas de las presentadas anteriormente por Calvo al FMI. No obstante, en la práctica, plantea graves problemas de riesgo moral para los gobiernos de los mercados emergentes y los inversionistas internacionales.

Las recopilaciones suelen suscitar reacciones encontradas. Releerlas puede compararse con ver otra vez una película: el elemento sorpresa ha desaparecido, pero el espectador puede apreciar mejor el arte del director. Y, de hecho, Calvo trata de enseñarnos algo del oficio de economista. Explica que la mayoría se sitúa en lados opuestos del espectro metodológico: se dedican a las observaciones o a las aplicaciones. En la profesión hay especialistas capaces de construir elegantes modelos abstractos para formalizar nuevas ideas y especialistas en economía aplicada que se preocupan más por comprender los datos económicos, pero hay pocos con amplitud intelectual y capacidad para funcionar sin dormir, requisitos fundamentales para trabajar en ambos ámbitos.

Calvo ha hecho aportaciones fundamentales a la teoría y a las políticas; y es más extraordinario aún que no las haya hecho en forma sucesiva —estudios teóricos en su juventud, estudios de políticas en una etapa más adulta— sino simultáneamente durante una larga carrera. El mensaje más contundente del libro es que debemos dormir menos y, como él, trabajar más cerca del centro del espectro metodológico.

Barry Eichengreen
Universidad de California, Berkeley

Planificadores o buscadores

William Easterly

The White Man's Burden

Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good

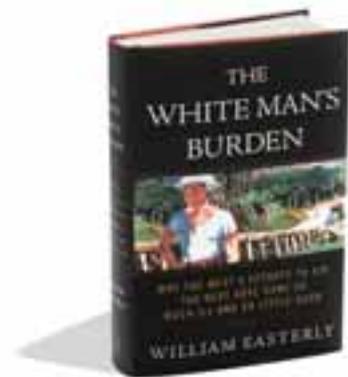
Penguin Group, Nueva York, 2006, 400 págs., US\$27,95 (tela).

William Easterly divide el mundo de la ayuda en “planificadores” y “buscadores”. El principal planificador es Jeffrey Sachs: en *El final de la pobreza* (su último libro) señala que solo se requiere dedicar mucho dinero y aplicar las últimas tecnologías para acabar con este problema. Su idea básica es que los países están atrapados en “la trampa de la pobreza”; es decir, la pobreza engendra pobreza. Propone que las Naciones Unidas coordinen un esfuerzo masivo, con asistencia de los donantes y las instituciones financieras internacionales (incluido el FMI), para ayudar a los países a formular planes generales que les permitan alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio para 2015.

Easterly sostiene de forma convincente que este enfoque es totalmente erróneo. Al analizar la ayuda y el desarrollo, combina anécdotas prácticas conmovedoras con acertados ejemplos de países y análisis especializados de la literatura económica y del desarrollo.

Según Easterly, aunque los actuales países pobres han recibido un gran volumen de ayuda durante décadas, esta no parece haberlos beneficiado mucho. También señala que los organismos de ayuda en general están eximidos de rendir cuentas de su gestión, sobre todo frente a los beneficiarios; que hay pocas pruebas concluyentes de la existencia de la trampa de la pobreza —los actuales países pobres no son los mismos que los de décadas anteriores— y que el ímpetu necesario para generar un desarrollo sostenido debe provenir de los propios países y no del exterior.

El libro tiene más críticas que soluciones. De hecho, Easterly insiste en que no tiene una gran solución para el problema del desarrollo; pero considera que deberían rebajarse drásticamente las expectativas respecto de lo que la ayuda,



y la participación extranjera en general, pueden lograr: los extranjeros no pueden crear crecimiento y desarrollo, pero sí, si no se hacen grandes ilusiones, ayudar a algunos muy pobres. En este sentido, propone cambiar el enfoque de la ayuda: los donantes deberían ser “buscadores”; que experimenten con diversas ideas, reciban mucha información de los beneficiarios y mantengan la mente abierta con respecto a lo que funciona. Por supuesto, ser planificador es más emocionante: solo con hablar de acabar con la pobreza hacen que la gente se sienta bien, aunque no logren nada.

Al final, el libro condena más las soluciones externas que la planificación. Easterly no examina a fondo el papel de las principales iniciativas impulsadas por el Estado u otros tipos de planificación en, por ejemplo, el milagro de muchas economías de Asia. Tampoco analiza a fondo la idea de que, en ciertos países y circunstancias, las grandes inversiones coordinadas pueden ayudar a activar el desarrollo; pero demuestra de forma más convincente la facilidad con que los donantes (y los colonizadores y fuerzas intervencionistas) se han engañado a sí mismos sobre las perspectivas de las soluciones radicales propuestas desde el exterior. Solo por esta razón, cualquiera que participe en tareas del desarrollo debería escuchar la voz de Easterly, no solo para confrontar a Sachs, sino también para recordarnos que es mejor pensarlo dos veces antes de provocar las burlas de Easterly.

Easterly y Sachs tienen algo en común: ambos opinan que las instituciones de ayuda, incluido el FMI, actúan de una forma casi misteriosamente dañina. Según Sachs, el alcance

de estas instituciones no es suficiente. Easterly, en cambio, cree que se ocupan demasiado en planificar verticalmente. Esta notable diferencia de opinión sobre las razones de los fracasos de estas instituciones sugiere que ambos están quizás olvidando algo. La planificación que desacredita Easterly domina las tesis de Sachs, Bono y otras grandes estrellas del desarrollo. No obstante, la mayor parte de los participantes en el desarrollo reconoce la necesidad de probar las soluciones sobre el terreno y reconocer las formuladas por los países. Pero esto es difícil. Cuando el problema es enorme y agobiante, se desea ayudar y a veces se logra un éxito relativo, la gente sigue intentándolo, como es comprensible. En el libro de Sebastian Mallaby, *The World's Banker*, publicado el año pasado, se explica más claramente cómo se ha llegado a la situación actual, y en *The Macroeconomic Management of Foreign Aid: Opportunities and Pitfalls*, publicado por el FMI el año pasado, se presenta en un solo volumen un panorama equilibrado, si bien más técnico, de los debates actuales sobre la ayuda.

Es difícil sintetizar las ideas de Sachs y Easterly o hallar puntos en común entre ellos, ya que sus enfoques son muy dispares, pero es imposible no hacerlo. Con respecto a nuestra propia labor en el FMI, podríamos considerar dos ideas propias de Easterly. Primero, los economistas no saben muy bien cómo fomentar el crecimiento y, segundo, las soluciones impuestas desde el exterior pocas veces son eficaces. Por lo tanto, debemos estudiar bien nuestra reacción cuando un país beneficiario desea, por ejemplo, aumentar masivamente la inversión pública. Debemos ser muy prudentes antes de decir que una política *no* será eficaz; como buscadores, nos corresponde formular un plan para potenciar al máximo este enfoque. Además, cuando un país decide adoptar una estrategia de crecimiento impulsado por las exportaciones y reducir su dependencia de la ayuda, también debemos respaldarlo, aunque ello signifique ser blanco de ataques de planificadores como Sachs.

Andrew Berg
Departamento de Elaboración y
Examen de Políticas del FMI